

DEBIAIS, Vincent

École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS/CNRS, París)

@ vincent.debiais@ehess.fr**Schalansky, Judith***Inventario de algunas cosas perdidas*

Publicado en Acanalado en noviembre de 2021

ARQUEOLOGÍA POÉTICA DE JUDITH SCHALANSKY

Inventario de algunas cosas perdidas es el último libro de la escritora alemana Judith Schalansky, cuya traducción al español se publicó en 2021. Una obra difícil de definir tanto en su forma como en su contenido. Doce capítulos que evocan en ficción doce desapariciones reales (obras, especies animales, lugares), escritos de manera notable, para una sensación vertiginosa y paradójica de tristeza y exaltación. Algunas impresiones para secar las lágrimas y volver a creer.

Cuando uno tiende ligeramente a deslizarse por la pendiente de la melancolía, a tropezarse con la alfombra de la neurastenia, debería evitar hacer del silencio un objeto de estudio, aunque solo sea por precaución. Y esto, incluso, si nos repetimos por comodidad que, más bien, es una oportunidad para reflexionar, que el silencio también es serenidad y que la estrategia positiva de la desconexión, sobre la que insisten la mayoría de los estudios actuales sobre el silencio terapéutico, es una buena forma de evitar la caída. Incluso se puede evitar pensar, durante años, que el silencio tiene alguna relación con la muerte, con la ausencia, con la desaparición, con la odiosa brecha que uno siente abrirse en lo más profundo de sí mismo ante el más mínimo cambio de tiempo, el menor fracaso o la más mínima contrariedad, sin ira. Claro que se puede; pero sigue siendo una mentira. El descubrimiento de esta relación impúdica con el silencio es aún más violento, ya que rompe la cómoda cáscara de la relación investigador-sujeto, poniendo de manifiesto una atracción, también cómoda, pero un poco incómoda, por el esplín. No el esplín adolescente y burgués del estudiante de secundaria que aborrece el mundo (demasiado fácil), no el esplín mortífero de quien ha visto todo (demasiado hipócrita), no el esplín participativo, caritativo pero culpable, del testigo de la miseria (demasiado nauseabundo), sino el esplín simple, seguro y no coercitivo, que consiste en entregarse a los beneficios de la tristeza por pereza.

A veces, el descubrimiento tiene la delicadeza de tomarse su tiempo para llegar; se manifiesta cuando uno casi ha agotado la cuestión del silencio, no porque la haya agotado, sino porque ahora, y de manera más adecuada, está siendo tratada por otros. Sucede, por ejemplo,



durante una lectura que parece banal cuya relación con el silencio no es en absoluto directa, la lectura de una obra que se ha comentado en todas partes en el momento de su lanzamiento y que, por lo tanto, no debería causar ninguna sorpresa. Pero, como una prueba positiva de covid-19, el libro de Judith Schalansky *Inventario de algunas cosas perdidas* toma por sorpresa y derriba a su lector. Afortunadamente, la analogía con el virus termina ahí. La publicación original en alemán data de 2018 y la excelente traducción de Roberto Bravo de la Varga para Acanalado apareció en 2021 con un hermoso libro. ¿De qué trata? *Inventario de algunas cosas perdidas* se propone evocar, en doce capítulos, doce hechos que ya no existen (objetos, seres vivos, construcciones, textos) desordenadamente: una raza de tigres, una casa, una película, una isla, la poesía de Safo... Una pequeña enciclopedia de la desaparición, un museo imaginario donde ya no hay nada que ver, pero todo por leer e imaginar. Doce ausencias cuyo peso no habíamos sentido antes de leer el libro. Al resucitar sus huellas y convertirlas en el tema de estos pequeños textos, Judith Schalansky no revive lo que ya no existe, a lo que no prestábamos atención, sino que logra hacer manifiesta e intolerable su ausencia. Ahí está la proeza literaria. Que solo se conserven algunos versos de las odas de Safo no me impedía dormir hasta la lectura de *Inventario de algunas cosas perdidas*. Hasta ese día, ignoraba por completo la existencia de la isla de Tuanaki. Pero ahí está y, de repente, todo esto parece insostenible, su desaparición se vuelve escandalosa: lamentamos cosas que nunca poseímos y echamos de menos a seres que nunca conocimos. La ausencia de las cosas se vuelve palpable para quien nunca conoció su presencia. Safo, que siempre había estado muda, ahora guarda silencio. He aquí el éxito: suscitar a través de la escritura la nostalgia de lo que no se ha conocido. Misión cumplida, Judith Schalansky.

Los doce capítulos se abren con un preámbulo de longitud variable: primero, un título compuesto por una localización más o menos precisa y el nombre de «lo perdido»; la descripción de lo perdido como presente, precedido por un asterisco; el relato de las circunstancias de su desaparición, de su muerte, precedido por una pequeña cruz. Este preámbulo está impreso en cursiva, es fáctico, clínico; dice lo que es y lo que ya no es. Un salto de línea, la tipografía cambia a letra redonda y nos lanzamos a la evocación de lo perdido a través de un relato cuyo tono y forma varían en cada uno de los doce capítulos. La desaparición del tigre del Caspio se relata en la descripción de un combate entre un león y una tigresa en una arena romana en tiempos del emperador Claudio; la pérdida de la villa Sacchetti se cuenta a través de la biografía del pintor Hubert Robert; el puerto de Greifswald, pintado por C. D. Friedrich, se encuentra de nuevo mediante un relato de paseo en primera persona desde las fuentes del río Rick hasta su desembocadura. Todo está escrito de forma notable y escapa a cualquier intención erudita de recrear a través del texto lo que ha desaparecido. No se puede reconstruir la villa romana o el Palacio de la República en Berlín a partir de lo que Judith Schalansky ofrece. La cosa perdida suele ser un pretexto, el detonante de la narración; solo se menciona para hablar de su desaparición y, más globalmente, de la pérdida, la muerte, el olvido, el silencio. *Inventario de algunas cosas perdidas* es, a veces, desconcertante desde este punto de vista porque no siempre sabemos lo que estamos leyendo. El capítulo dedicado a la película *El chico de azul* coloca al lector en la mente de Greta Garbo y lo invita a seguirla por las calles de Nueva York en una escena de un teatro del absurdo donde se pierde el equilibrio. El capítulo sobre los libros de Mani detalla escenas de escritura y el destino de los textos sagrados, desde su inspiración hasta las ciencias de la erudición que los estudian. Por muy pertur-





badora que sea, la diversidad de recursos literarios convocados por la autora es bienvenida, ya que *Inventario de algunas cosas perdidas* nunca es repetitivo o predecible. La aparente practicidad de una lectura fragmentada es vencida por la sorpresa que golpea al lector, inevitablemente, desde las primeras líneas de cada capítulo, lo que lo invita a continuar leyendo veinte minutos más, como quien ve un episodio tras otro en Netflix.

Sin embargo, este libro no es fácil, y la razón y el bienestar psicológico deberían invitar a hacer una pausa tras cada capítulo, ya que la escritura de Judith Schalansky conmueve profundamente. Algo se rompe en cada evocación; no solo desaparecen las cosas, sino que, con ellas, se va una parte de luz para la humanidad o, más modestamente, para los protagonistas de las doce historias. El lector se siente triste por el tigre, triste por Mani, triste por Greta Garbo, triste por Safo, triste por los habitantes de Tuanaki. Triste por y triste con; con empatía, pues sufrimos la misma pérdida. Es notable que la autora haya generado una misma impresión de desgarró en relatos tan diferentes; está presente en todas partes: a veces, como un zumbido de fondo en la vida berlinesa de Holger y Marlene («Palacio de la República»); otras, como una ola que arrastra los destinos de escritores, pintores y profetas. No se espera uno ser atrapado de tal manera por la tristeza, no hay otra palabra para describirlo. La tristeza es el umbral de los relatos y la tipografía lo indica: la cursiva anticipa en el preludeo que el texto en la redonda que sigue está destinado a tambalearse. Ya es demasiado tarde, ya hemos perdido. Luego, se cuele como el viento bajo la puerta en todas las situaciones descritas por Judith Schalansky: la violencia, la muerte, la enfermedad, la separación, el aburrimiento, el silencio, la nostalgia, la fealdad, la espera, el declive, la locura, la ruina. Nada es empalagoso, no hay sentimentalismo ni moralismo; solo una tristeza en estado puro que enfrenta al lector con su necesidad de desesperación. Lo que hace tolerable este despliegue de tristeza de *Inventario de algunas cosas perdidas* es que su autora no cae en el voyerismo; no hay nada macabro, indecente, escabroso o lacrimógeno. Las descripciones, a veces, son difíciles porque su tema es doloroso, pero el lector no se ve obligado a una exhibición malsana que fuerce una compasión superficial.

Al contrario, Judith Schalansky logra hacer emerger de esta omnipresencia de la tristeza una belleza que resiste. Siempre hay algo que amar en lo que la autora describe: una fuerza animal, una línea arquitectónica, la inmensidad de un paisaje, la intensidad de una relación amorosa, la simplicidad de lo cotidiano. Los hechos en los que se encarna la belleza, los lugares que le sirven de escenario, los seres que la portan y la difunden desaparecen, pero la belleza persiste como huella en todas las manifestaciones de esos hechos, en forma de recuerdo o como pretexto para la escritura. Si *Inventario de algunas cosas perdidas* es tan interesante es porque muestra que la evocación poética de la ausencia sigue sirviendo a la belleza de lo que ha desaparecido. Los textos de Judith Schalansky no sustituyen las odas de Safo ni al tigre del Caspio, pero manifiestan su belleza, aquí y ahora. De alguna manera, la autora reinventa el elogio fúnebre al disociar la tristeza vinculada a la pérdida de la familiaridad con lo perdido e inventar una conciencia universal tocada por una belleza que se escapa. Ya no es necesario conocer para conmoverse, la entropía basta para atrapar al lector. Forzando un poco, se podría decir que el libro de Judith Schalansky ilustra una forma de solastalgia cultural, al hacer sentir la imposibilidad de renunciar a la expresión de la belleza en todas sus formas. El hecho de presentar doce figuras de la pérdida en los doce capítulos del libro, en lugar de describir los objetos y las circunstancias de su desaparición, induce una lectura par-

ticipativa y comprometida: el lector es testigo, actor, víctima, responsable y memoria de la pérdida de las cosas.

Los doce capítulos están precedidos por una nota preliminar que lista todo lo que se ha perdido y todo lo que se ha recuperado durante la escritura del libro. Un verdadero inventario esta vez que asocia lo perdido con su lugar, una lista frenética que desanima tanto como deleita; la imagen de un mundo donde todo es transición, paso, alternancia. Judith Schalansky propone luego un prólogo muy rico que iguala en longitud a cada uno de los relatos. Es un texto difícil de clasificar, entre introducción y discurso metodológico, pero de lectura indispensable para cualquiera que se interese por el tema de la pérdida, la ausencia, la ruina y, en general, los vínculos entre estas nociones y las ciencias sociales. Permite abordar el *Inventario de algunas cosas perdidas* como si se emprendiera una operación de arqueología poética. La excavación no arroja nada que extraer y la estratigrafía solo señala en negativo la belleza de lo que guardará para sí misma. «Es bello, pero es triste»: así es como mi madre suele calificar lo que aún la conmueve, con una fórmula que siempre me dejó perplejo, molesto por ese *pero*, sin saber por qué. Ahora lo sé: al cerrar el libro de Judith Schalansky, ya no podemos usar una conjunción. Es triste, es bello y está muy bien.

